



## Cuando los adolescentes cambian pero los adultos no

### Batallas inútiles y propuestas sensatas para ayudarlos a aprender una relación adecuada con los usos de las drogas<sup>1</sup>

Jaume Funes Artiaga

#### 1. Tres afirmaciones demasiado clásicas, siempre pensadas a partir del «problema»

Llevo más de tres décadas escuchando cómo la realidad de los usos de drogas entre adolescentes se resume a tres afirmaciones machaconamente repetidas: consumen más; consumen antes; consumen más problemáticamente. Aunque, cuando se celebra este encuentro<sup>2</sup>, ya habrá aparecido algún nuevo estudio del Plan Nacional sobre Drogas, uno de los últimos<sup>3</sup> se decantaba por afirmaciones algo diferentes, ante las que convendrá mantener el mismo escepticismo que cuando, año tras año, ha estado diciendo lo contrario:

*«Los datos del 2006, muestran sin embargo una evolución muy positiva, con un descenso importante del consumo de las drogas más extendidas entre los estudiantes». «En general, el consumo de drogas entre los estudiantes de 14 a 18 años continúa siendo experimental u ocasional, vinculado al ocio y al fin de semana». «Otro dato positivo de esta encuesta, y que podría haber influido en el descenso del consumo, es el aumento de la percepción de riesgo ante el consumo de tabaco, alcohol o cannabis»*

Creo que lo razonable era y es aceptar que los mundos adolescentes son universos en continuo cambio, que se modifican permanentemente sus relaciones (sus usos, sus funcionalidades, sus sentidos) con las drogas y que esos dos dinamismos, además, están relacionados con las continuas modificaciones de los mercados, de los consumos en general y de las drogas en particular. En los

<sup>1</sup> Este es un texto resumen, hecho a partir de otros escritos recientes. El lector o lectora que quiera profundizar más en las reflexiones puede encontrar las referencias o ampliarlas en:

- Funes, J. (2007). «Jóvenes en clave joven. Resumen de argumentos para personas adultas que quieren ser útiles en sus vidas». Ayuntamiento de Portugalete.
- Funes, J. (2008). «Adolescentes y drogas: el debate de los «riesgos». FAD
- Funes, J. (2008). «Nuevos y viejos adolescentes. Otros usos de drogas. Otras formas de intentar prevenir». En: *Observatorio de drogodependencias de Castilla-La Mancha*. Nº 4.
- Funes, J. (2008). «Móvil, messenger y otros aparatos para la vida». En: *Adicciones y nuevas tecnologías de la información y de la comunicación. Perspectivas de su uso para la prevención y el tratamiento*. Gobierno de La Rioja, 2008. Consejería de Salud.
- Funes, J. (2008). «Adolescentes de hoy. Un encaje difícil en una sociedad compleja». En: CIIMU: «Malestares, infancia, adolescencia y familias». Ed. Graó.
- Funes, J. (2009). «Respuestas impertinentes a preguntas pertinentes sobre los jóvenes, la diversión y las drogas». Ayuntamiento de Portugalete.

<sup>2</sup> Junio 2009

<sup>3</sup> «Informe de la encuesta estatal sobre uso de drogas en estudiantes de enseñanzas secundarias (Estudes) 2006-2007»



mismos días en los que se publicaban esos comentarios del Plan Nacional los diarios informaban de cómo millones de jóvenes yanquis habían puesto de moda el «robotripping», colocándose, a falta de mejor opción, a partir de algunos jarabes para la tos (prácticas estas cuyo valor y sentido desconozco pero que, ni allí ni aquí, aparecerían en las estadísticas). Mientras las autoridades dicen que lo que se trata es de que ha aumentado la percepción del riesgo (no sé cómo lo midieron ni antes ni ahora) yo me inclino por pensar que lo que algunos y algunas hacían y hacen es introducir elementos de racionalidad o ejercicios (adolescentes) de elección y decisión en relación con los porros, el alcohol o el tabaco.

## **2. Cambia la sociedad, cambian ellos y ellas, cambian sus relaciones con las drogas**

Pero, sobre todo, conviene no olvidar que nuestra sociedad y nuestros adolescentes van cambiando aceleradamente. Que ellas y ellos son el producto de un contexto, de las posibilidades y las interacciones que tienen a su alcance, de las respuestas que reciben. Si los y las adolescentes son de una forma u otra en función de las posibilidades que tienen de serlo, lo que debemos considerar es si las oportunidades han cambiado, si se producen unos u otros guetos, si el empobrecimiento les afecta, o cómo puede influirles en su presentismo el comprobar las dificultades para tener futuro. Por ejemplo: ¿tienen los usos de drogas entre adolescentes alguna funcionalidad para gestionar el presente desigual y las posibilidades de futuro negadas?

Si son el producto de las dinámicas, interacciones y prácticas adolescentes que se produce en estos años de su vida, el estudio más importante es el de las agrupaciones, las relaciones que se fomentan o se impiden, las modas, las propuestas adolescentes de los coetáneos que se crean y difunden. ¿Qué aportan de nuevo los diversos usos de drogas para ser adolescente, aquí y ahora, reconocerse como tal, afirmarse como diferente? Finalmente, si son en función de las respuestas que reciben de las instituciones adultas que les rodean, parece importante considerar su adecuación en el tiempo, su capacidad de adaptación. Considerar los efectos que generamos al reaccionar como personas adultas a sus comportamientos supone revisar la validez y la utilidad de las formas adultas de prestar atención a los adolescentes y, en concreto, a sus relaciones con las drogas

## **3. Mirar para ver algo más que riesgos. Escuchar para entender. Tener en cuenta sus «argumentos»**

Una propuesta de aproximación razonable al mundo adolescente tiene siempre una perspectiva irrenunciable: siempre debemos intentar conocer sus argumentos<sup>4</sup>. No se trata de saber cómo son ni de sistematizar lo que dicen, piensan o hacen; aquello que realmente importa es recoger, tanto como sea posible, sus argumentos, sus formas de ver, sentir e interpretar lo que están viviendo.

<sup>4</sup> «Argumentos» no quiere decir exactamente «razonamientos». Quiere decir, también, perspectivas del enfoque, significado e importancia vital. Igualmente, orden y secuencia de la argumentación verbal, pero también secuencia emocional, encadenamiento de vivencias, emociones, expectativas, deseos y malestares atribuidos, etc. En resumen: formas globales personales de considerar una conducta, una actividad, un hecho, que analizan y defienden o rechazan desde dentro de sus lógicas vitales adolescentes.



Necesitamos detectar cómo interpretan, cómo dan significado a lo que según nosotros describe su situación. Necesitamos descubrir, de forma dinámica, cuáles son los argumentos vitales que están detrás, en este caso, de sus usos de drogas. Para saber lo que son y el sentido de lo que hacen necesitamos incorporar sus miradas.

Damos por supuesto que lo que nosotros vemos es lo que ellos y ellas ven, pero dejamos de ver muchos otros aspectos clave de sus vidas. ¿Y si nos parásemos a descubrir qué les preocupa y cómo les preocupa? Una propuesta útil de aproximación al mundo adolescente tiene, además, otra cara, otra perspectiva. No se trata de saber cómo son ni de sistematizar lo que dicen, piensan o hacen; aquello que realmente importa es recoger, tanto como sea posible, sus argumentos, sus formas de ver, sentir e interpretar lo que están viviendo.

Necesitamos detectar cómo interpretan, cómo dan significado a lo que según nosotros describe su situación. Necesitamos descubrir, de forma dinámica, cuáles son los argumentos vitales que están detrás de sus comportamientos. Por esto hablamos *de argumentos adolescentes*, porque para saber lo que son necesitamos *incorporar sus miradas*.

En los estudios existen elementos que tan solo consideramos como variables significativas (estructura familiar, rupturas, situación social, etc.), más o menos influyentes sobre su forma de ser o de actuar, pero, también éstas tienen interpretaciones y lecturas que hay que escuchar. No es lo mismo convivir tan solo con la madre en un entorno de divorcios socialmente significativos que en un entorno de pobreza en el que la ruptura significa una gran pérdida.

Solemos fracasar en nuestro trabajo con ellos y ellas, especialmente cuando queremos hacer eso que llamamos «prevención», entre otras razones, por no mirar, no preguntar, no intentar entender. Ni ellos ni nosotros tenemos visiones únicas y homogéneas, pero la suyas suelen ser muy diferentes de las nuestras. No queda más remedio que pararse a descubrir qué les preocupa (en algunos casos qué hemos conseguido —para bien y para mal— que les preocupe) y cómo les preocupa. Además, están sus razones, sus lógicas, sus argumentos. Necesitamos tener en cuenta sus universos de sensibilidades hacia unas cuestiones u otras, las valoraciones que adjudican a unos u otros comportamientos, las explicaciones de las que echan mano, la argumentación con la que se desenvuelven.

No se trata de contemplación seráfica ni de justificación universal de sus vidas. Mirar no es sonreír viendo como se destruyen. Mirar es querer ver y saber observar. No es focalizar sesgadamente. Es demostrar que nos interesan ellos y ellas, toda su persona, desde una proximidad permanentemente curiosa. Escuchar sus argumentos no es darlos por buenos, es tan solo aceptar que —sólidos, débiles o incoherentes— representan perspectivas inevitables, criterios claves para poder llegar a construir una verdadera relación de influencia. Una cosa tan solo hay que aceptar: que es posible que nuestros argumentos entren en crisis, se descubran como incoherentes e hipócritas y tengamos que reconocer (al menos en nuestro fuero interno) que tienen una buena dosis de razón.



Hablar de argumentos no es sólo ni principalmente hablar de razones intelectuales, de ideas en juego. Es hablar de atractivos y rechazos, de «simpatías» emocionales, de razones y sinrazones de índoles diversa, de balances acumulados de la propia experiencia que ahora condicionan las nuevas decisiones, de balances de las experiencias de otros incorporados a la lógica propia. Es hablar de «culturas» juveniles y adultas, de generación, de entorno social, de construcciones sociales compartidas (entre jóvenes, con los adultos, mediáticas, de la comunidad virtual, etc.). Argumentos significa también secuencias argumentativas y vivencias asociadas, significaciones y sentidos vitales.

Globalmente, diría que se trata de hacer «investigación receptiva», pasar del preguntar para contar al conocer y saber para interpretar adecuadamente su mundo. Más allá de lo que hacen, cuantos y cómo lo hacen, están sus «argumentos». En el caso de los usos de drogas, argumentos para probar, para seguir usándolas, para cambiar o abandonar, argumentos para ubicar las drogas en sus vidas.

#### **4. Cómo ven algunos y algunas eso de las drogas**

Si ni las adolescencias suelen ser eso que esquemáticamente se repite ni la realidad de los usos de drogas es estable, sigamos pensando y apuntemos ideas para entender sus relaciones con ellas. En este caso seguiré una parte del esquema con el que organicé los argumentos del libro «Jóvenes en clave joven» y al que ya me he referido.

##### **a) ¿Drogas? Ni sí ni no, depende**

Las referencias, simbólicas o de experiencia, que ellos y nosotros tenemos no parecen ser las mismas. Entre las personas adultas (profesionales, responsable políticos, padres, vecinos, etc.) predomina la tendencia a referirse a las drogas como un mundo siempre negativo, en el que no hay grises ni matices. Pero, ellos y ellas se sitúan más bien en el «*depende*».

El núcleo central de su lógica argumental es que decidir (decidir si las usan o no) siempre supone escoger, tomar decisiones personales, no apuntarse, sin más, a un bando, asumir las dificultades que la elección pueda tener («*no vas a ser más libre por decir que no que por decir que sí, consiste en tomar una decisión personal y saberlo llevar*»).

##### **b) De los «problemas» posibles y conocidos al «consumo responsable»**

No les resulta difícil identificar, al menos en teoría, cuando una relación con las drogas puede volverse problemática. Sobre el papel, lo tienen claro. Una droga es un problema cuando «*te incita a consumir más y ya no eres tu*», «*cuando ya no puedes decir que no*». No se les escapa que eso no es una simple cuestión de sustancias. Dejan claro que su comportamiento, también con las drogas, depende de otras variables. Las más claras tienen que ver con su mundo de grupos, de amigos, con sus prácticas para aclararse quiénes son y de qué mundo forman parte. En algunos casos con las propias dificultades de su mundo interior.



### **c) Los drogadictos son otros**

Aún persisten algunas de las concepciones de la drogadicción marginal y destructora, asociada a las imágenes de la heroína o de algunos consumos de pastillas y cocaína. Si se les pregunta sobre si son o no son drogadictos, la respuesta es tajante: «*no tío, yo no soy un drogadicto*». No aceptan fácilmente ser situados en el universo de la drogadicción. Su debate, su dilema, consiste en dilucidar qué debe (qué interesa) situar en el terreno de «las drogas» y qué conviene ubicar en el conjunto de acciones y consumos que sirven para construir la felicidad adolescente y joven.

### **d) Ellos, ellas y nosotros**

«Yo fumo, tu bebes, nosotros tomamos medicamentos, ellos ... ellos se drogan. Nosotros somos normales; ellos, anormales, asociales, delincuentes»<sup>5</sup>. En su universo de las drogas, obviamente, hay partes que provienen de las personas adultas que les rodean, de los adultos en general y de sus padres y madres en particular. Una parte son ideas y actitudes reactivas. Como en algún texto había escrito, forman parte del «frente de conflictos». Otras partes son advertencias sobre la incoherencia adulta, rebotes por sentirse minusvalorados o incluso infantilizados. Finalmente, para bien y para mal, sienten y reconocen que sus adultos cercanos, serenos, angustiados o histéricos, incomodan pero también ayudan.

Son claros al confesar que «*la autoridad te ralla*». Pero es que perciben que los mayores no se aclaran. Lógicamente, destacan nuestra doble vara de medir y de considerar los fenómenos de las drogas, que, por ejemplo, ve el uso del alcohol de manera diferente en función de quien bebe.

### **e) Un mundo de atractivos y miedos**

Conviene tener conciencia de que una de las características de las adolescencias actuales es que se trata de un tiempo para experimentar, para descubrir otros mundos, más allá de próximo, familiar, escolar, etc. que, en parte<sup>6</sup>, daba seguridad a su realidad infantil. Esta nueva actitud que, en diferente grado, domina sus vidas condiciona los intentos de prevención, los procesos educativos, la didáctica, etc. Pero, especialmente, determina cómo miran las nuevas realidades que descubren su entorno: si las ven, si pueden llegar a interesarse por ellas, el modo cómo se aproximarán, etc.

Con los usos de drogas pasa lo mismo. La inmensa mayoría de ellos y ellas ha de contestarse si se trata de un mundo con suficientes atractivos como para interesarse por el. Parece que la mayoría no puede obviarlos. En unos casos será con el alcohol, en otros con los porros o con otra sustancia que se ponga de moda entre ellos y ellas. Hay un fondo de dudas, del que no queda ausente la angustia ante la posibilidad de que no sea tan malo como lo pintan, de que les guste y tengan que buscar otros argumentos vitales para no seguir.

<sup>5</sup> Funes, J. (1990). «Nosotros, los adolescentes y las drogas». Plan Nacional sobre Drogas. Madrid.

<sup>6</sup> En una sociedad digital, global y en red también los mundos de la infancia están profundamente modificados, por lo que se llega a la adolescencia con un complejo bagaje de posibles estímulos y atractivos que la adolescencia pondrá en primer plano.



Entre los componentes de la atracción se encuentra la definición del objetivo de su etapa vital. Es decir: para qué es, para qué sirve la adolescencia y la juventud, qué es lo que toca hacer en cada momento de la vida.

Como tantas veces se ha dicho, las drogas no son un problema por los daños que causa sino por el placer que producen o cada persona cree que pueden producir. Entre los atractivos que describen también están sus particulares versiones del placer y la felicidad.

### **f) *Estar a gusto y en compañía***

Entre los argumentos para añadir o quitar valor a usar drogas están algunos que tienen que ver con su situación vital de aclararse consigo mismo, de descubrir y construir su propia personalidad, con las dificultades o facilidades para comunicarse, con las formas útiles para gestionar el agobio, las dificultades, tensiones y angustias. Todavía sin tener claro cuál es su verdadero mundo interior se interrogan sobre cuál es la verdadera realidad emocional: la estable o la modificada por sustancias.

De la misma manera que sirven para modificar el malestar, los usos de drogas se convierten en mediadores de la comunicación («*la bebida y otras drogas ayudan mucho a soltarse*»). Sin que esa visión excluya que algunos se desinhiben para mal, para caer en la agresividad o la paranoia.

### **g) *Diversión y drogas***

Al describir sus visiones de los mundos de ya quedó claro que nada de sus relaciones con las drogas parece que pueda separarse de las lógicas de sus relaciones jóvenes y de su condición joven, de las lógicas del ocio y la diversión. Aproximarse a usarlas y mantenerse usándolas de una u otra manera depende de muchas otras variables («*lo que más valor tiene es salir por la noche*», «*Y si no bebes ¿qué haces?*»). Pero, a pesar de ese casi automatismo, de esa asociación que parece inevitable entre diversión y usos de drogas, no deberíamos, en general, abordar la realidad de la diversión juvenil a partir de las drogas y de su abuso.

### **h) *Prevenir experimentando***

Si tenemos en cuenta sus reflexiones, parece que el «paradigma», el escenario, la coordenadas de cualquier propuesta de educación preventiva pasar siempre por diferentes propuestas de convivencia no destructiva con al menos algunos usos de drogas. No proponen que les ayudemos a construirse y a vivir sin drogas sino a acabar relacionándose adecuadamente con ellas o a llegar a la conclusión personal de que no merecen la pena. En una frase: no parece que pueda plantearse la prevención si tener en cuenta que, de forma mayoritaria, habrá experimentación.

Son bastante conscientes de nuestro juego, de nuestro sueño disuasorio, de cómo seríamos mucho más felices si todo pasara por impedir cualquier consumo, que solamente cuando comprobamos la inutilidad de nuestra prevención abstemia aceptamos a regañadientes dar otras explicaciones.



### ***i) Aprender de la experiencia***

Su actitud ante la experimentación podríamos resumirla diciendo que el riesgo no está en experimentar sino en no aprender de lo experimentado. Se aprende a base de golpes, «*de lo que más se aprende es de la propia experiencia*». Reclaman libertad para darse golpes. Confirmando la hipótesis de que muchos no pasan del consumo experimental al permanente y que, la mayoría, acaba en situaciones de control, reclaman que esa decisión sea suya, no una imposición adulta.

### ***j) En defensa de la libertad***

En una sociedad que hace bandera permanente del individualismo no puede resultarnos extraño que los ciudadanos y ciudadanas más jóvenes usen la defensa de su libertad como el gran argumento para que nadie se meta con sus usos de drogas. Por un lado está la afirmación de su capacidad para decidir. Por otro, la reivindicación de su derecho a que nadie se inmiscuya en sus decisiones y, finalmente, la apropiación de su cuerpo y de su salud. No son muy diferentes de nosotros los adultos, que —con un gran reduccionismo—decimos que nuestra libertad acaba donde empieza la libertad del otro.

## **5. El problema de los argumentos**

Si invitamos a razonar, a construir una postura personal, debe estar claro que se han de poner en el debate, también por nuestra parte, «argumentos» y prever los contrargumentos. Nuestra tendencia a defender que todo siga igual, a destacar sólo lo negativo, a movernos en clave racional, a sopesar siempre el futuro, no vale con ellos y ellas. Una parte del núcleo central de su lógica argumental es que decidir siempre supone escoger, tomar decisiones personales, no apuntarse, sin más, a un bando, asumir (relativamente) las dificultades que la elección pueda tener («*no vas a ser más libre por decir que no que por decir que sí, consiste en tomar una decisión personal y saberlo llevar*»).

Pero, si aceptamos ese escenario de influencias, reaparecen nuestras contradicciones ¿Cómo se hace prevención aceptando el uso, sin decir que las drogas son siempre malas? El «nada de nada» con el que se mueve nuestra angustia ante el riesgo y nuestro miedo al descontrol lo ven, además, como irreal, como infantil, como un intento de evitar lo inevitable: que acaben conformando su propio posicionamiento.

En algún texto reciente, en el que se escucharon sus argumentos resumía algunos que pueden ser claves para negociar e incitar a una relación no destructora con las drogas:

- Algunos tienen que ver con el malestar físico que han experimentado («*Si vomitas ya es exceso*», «*El exceso es cuando la resaca te inutiliza y no puedes ir a trabajar al día siguiente.*»)
- Otros con la valoración que hacen de otras actividades, momentos y relaciones de su vida («*Lo excesivo es lo que te afecte en las otras facetas de tu vida*», «*que no me altere la vida diaria*»).



Mesa redonda I  
Estado de la cuestión: nuevo contexto social

- Les parece poco razonable que las drogas estén fuera de lugar, se usen en momentos y circunstancias en las que no toca («*Yo fumo porros pero solo los sábados no cuando voy a clase porque no me apetece, en clase tengo que estar pensando*»). «*Por ejemplo, vas de fiesta y no te llevas el libro pues tampoco te llevas los porros al instituto*»).
- Relativizan la cantidad, plantean la necesidad de diferenciar el «*modo de consumo*» y tiene una conciencia bastante clara de lo que significa depender («*Si se le olvida la «china» en casa, se va de la uni a casa a por ella, si se le olvida la carpeta no*»).

No viven siempre en una especie de debate, una elección continua entre atractivos y rechazos. Una vez comprobado hasta qué punto valía la pena el riesgo y decantadas las primeras experiencias la cuestión por la que preocuparse, el tema que les ocupa es otro: cómo evitar entrar en el descontrol permanente y cómo no caer en la dictadura de la rutina. Del descubrimiento han de pasar al aprendizaje y de este a acabar de situar las drogas en su vida.

## 6. Sobre las pretensiones de la prevención

Las drogas que intentamos regular también son estímulos vitales, también son mediadores en el desasosiego y la angustia. Las drogas (unas más otras menos) tienen que ver con la sociabilidad y con la socialización, sirven para la diversión y la descarga de tensiones, son la solución (para algunas personas) de otros problemas, dificultades o agobios que no pueden o no quieren encarar de otra manera.

Para seguir pensando qué hacer o cómo adaptar lo que hacemos conviene no olvidar que:

- las drogas son un conjunto de sustancias sobre que tienen un cierto grado o probabilidad de crear-nos algunos problemas (aunque habría que comenzar por calmarse antes de pensar en ellos),
- nos gustaría disponer de filosofías sociales, terapéuticas,... culturales, que nos facilitasen crear y estimular usos no problemáticos, diversos, plurales, de la mayoría de las drogas,
- algunas de las maneras probables de generar pautas de regulación tienen que ver con generar activamente usos y maneras de relacionarnos con las sustancias incompatibles con las más destructoras,
- además, sabemos que detrás de los usos hay estilos de vida, culturas de ocio; dependen de cómo se gestionan las vivencias, los valores, las prácticas y rutinas diarias; las simples presiones sobre una sustancia provocan desplazamientos hacia otras,
- hemos de contar con elementos que permitan contener la simple lógica del mercado, a la vez que estimulamos diversos tipos de «trabajo social» que permitan evitar que se amplíe la base de dificultades, personales o colectivas, en la que pueden arraigar gran parte de los usos,



- finalmente, intuimos que el trabajo cultural y educativo tiene que ver con construir conductas autónomas capaces de discriminar y potenciar unos usos sobre otros.

En esta perspectiva, prevenir es algo que podríamos definir con la siguiente pregunta: *¿cómo influyo, educo, socializo, primo, estímulo, doy elementos de autonomía y capacidad de decisión a una persona para que pueda adoptar patrones de comportamiento que van desde el no-uso hasta usos menos problemáticos de drogas?* Además, intento definir todo eso en clave de grupo, con perspectiva de convivencia.

## 7. Prevenir experimentando

No parece que hoy en día podamos plantearnos un modelo de influencia educativa en los usos de drogas adolescentes que no tenga en cuenta la experimentación (que todos y todas tendrán cierta prevención previa, o interés, o curiosidad, o atractivo singular, pero, que la mayoría experimentará con algunas y luego las abandonará o mantendrá una relación no problemática). Si tenemos en cuenta sus reflexiones, parece que el «paradigma», el escenario, la coordenadas de cualquier propuesta de educación preventiva pasa siempre por diferentes propuestas de convivencia no destructiva con al menos algunos usos de drogas. No proponen que les ayudemos a construirse y a vivir sin drogas sino a acabar relacionándose adecuadamente con ellas o a llegar a la conclusión personal de que no merecen la pena. En una frase: no parece que pueda plantearse la prevención si tener en cuenta que, de forma mayoritaria, habrá experimentación. Con sus propias palabras, este sería el escenario de una propuesta educativa sobre drogas: *«Te tienen que educar en saber consumir y luego ya cada uno que tome la decisión que quiera. Ni en el consumo, ni en el no consumo, hay que enseñar a cómo consumir».*

Parece más realista y razonable intentar influir sabiendo que experimentan que imaginarse que tenderán, de entrada, a ser abstemios. Por eso resulta clave plantearse cómo podemos influir para que aprendan de sus experiencias, cómo hacer más probable que la experimentación se sitúe entre coordenadas no problemáticas. Su actitud ante la experimentación podríamos resumirla diciendo que el riesgo no está en experimentar sino en no aprender de lo experimentado (*«Creo que el riesgo está en que un día te agarres un pedo gordo y no escarmientes y lo sigas haciendo»*). Aunque, eso también significa —para angustia de los adultos— que se aprende a base de golpes, que *«de lo que más se aprende es de la propia experiencia»*. Reclaman libertad para dárselos y reconocen que las primeras experiencias suelen ser fatales (*«pero, al final tienes que conocerlo para poder criticarlo o no»*). Con sus palabras: *«El consumo debe ser «con cabeza», responsable, que cada uno se conozca».*

Querer ayudarles es ingeniárselas para estar cerca de sus experimentaciones y hacer posible que aprendan de ellas. Si queremos hacer prevención la pregunta puede ser simple: ¿Qué podemos hacer para que los adultos próximos observen sus experiencias y les ayuden a aprender de ellas?



## 8. Cuando la información puede modular la experimentación

Si pensamos en sus procesos de aproximación experimentativa, parece que la actitud de ayuda más sensata consiste en construir (facilitar y estimular su acceso) diversos conjuntos de información, lo más ordenada y sistemática posible, en los que cualquier adolescente o joven que acceda va a descubrir interés, voluntad adulta porque sepa. Va a encontrar saber, conocimiento y desconocimiento, certezas y dudas relativas. También debe encontrarse con argumentos y valoraciones, pero razonados, claros y siempre acompañados de la referencia de quien los emite. Conjuntos informativos de acceso fácil, de posible consulta parcial, puntual, oportuna, en los que se evita (mucho menos se oculta) dar relevancia supuestamente científica a unas u otras opciones de relación con las drogas, en los que se facilita siempre la toma de decisiones («Un conjunto de todo, cada uno al final se queda con lo que considera que le vale»).

No se trata de información disuasoria sino de información moduladora de la posible experimentación («Experimenta, pero experimenta bien»). Información para equivocarse lo menos posible en sus prácticas experimentales, para contenerlas y extinguirlas. Al menos en algunos casos para «ser críticos y consecuentes» («No sé, es tu vida. Tendría que ser si eliges esto, tienes esto y si eliges lo otro, tienes lo otro»). En la mayoría, para practicar en algún momento verdaderas elecciones (vitales, emocionales, de conducta, no siempre de razonamiento), opciones no automáticas, actuaciones acompañadas de criterio («Es: «si consumes, hazlo con cuidado», «tampoco te pases...».... ya estamos saturados de «no te drogues», «no fumes», «no hagas esto», «no, no, no, no»»)

La angustia adulta ante los usos de drogas sigue haciendo que renunciemos a priorizar el desarrollo personal, a que introduzcamos la militancia antes que el razonamiento, a que desconfiemos del éxito de nuestro esfuerzo educativo anterior cuando llegan a la adolescencia. Por eso nos resulta difícil pensar en sistemas de información al servicio de ese proceso educativo y no de calmar nuestros miedos. Razonablemente, la información debería estar al servicio, en primer lugar, de la capacitación para la gestión de los riesgos. Después al servicio de la construcción de criterios propios para actuar. Finalmente, de la ayuda a la valoración y sistematización de sus experiencias. Saber para decidir con menos probabilidad de costes añadidos, saber para actuar con menos dependencias, saber para aprender de lo experimentado.

Un ejemplo positivo puede ser la propuesta de «campaña» municipal de Portugalete basada en la imagen de un cerebro y la invitación a usarlo: «Usar antes de agitar. Usa tu cerebro. Tu tomas tus propias decisiones». Los jóvenes a los que se consultó la valoraron positivamente por su pretensión: no vender nada, sólo estimular a una práctica («A mí me parece que te hace pensar, como no te lo da hecho y te lo pone así, te hace pensar»). El núcleo de la actuación impactante, rápida, propagandística de una campaña, ¿por qué no puede ser vender la personalización, la necesidad de hacer servir la cabeza, la de ser uno mismo, la de valorar, la de pensar?<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Hace algún tiempo (2000) la Asociación F.A.S.E. puso en marcha una campaña, a partir de propuestas de los propios jóvenes con el eslogan «El preservativo pónitelo en la cabeza». De las diferentes propuestas realicé un pequeño análisis en el documento «CÓMO SE PONEN LAS CHICAS Y CHICOS JÓVENES EL PRESERVATIVO EN LA CABEZA», que desconozco si fue publicado.



## 9. Hacer propaganda de las dudas

Resulta comprensible que las instituciones no quieran basar su propaganda<sup>8</sup> en explicar relativismos, en referirse a la diversidad de situaciones que se dan en relación con los usos de drogas. Pero, justamente, esa es la única manera de conseguir que los diferentes sujetos, con sus experiencias y sus entornos, puedan sentirse, activa y con suficiente duración, interpelados por los mensajes («es malo, es malo, es malo, pero ¿por qué es malo?»).

Pero, ¿para quién ha de ser diseñada una campaña? Parece que no es lo mismo pretender que impacte sobre los que tienen experiencias que sobre los que todavía se están planteando qué hacer («igual le conviene más a uno que lleva más tiempo consumiendo, saber lo que se está metiendo, igual tiene que cambiar hasta de camello»).

Una vez más quedamos atrapados en los dilemas de la información, con el agravante de que la necesaria concisión de los mensajes, la pretensión de conseguir objetivos acotados de las acciones de divulgación masiva, hacen todavía más difícil incorporar la complejidad. Por ejemplo: ¿de qué drogas hablamos cuando no podemos tratarlas a todas de la misma manera? («Se ha centrado en la cocaína y la marihuana, hay más cosas, más drogas y no sé, pienso que de vez en cuando por probar nuevas experiencias y tal no está mal y no tiene por qué ser malo»). Negarle influencia a las campañas sería un error. Otra cosa muy diferente es definir el efecto que pretendemos conseguir y, singularmente, descubrir los efectos reales que producen.

Parece claro que a la mayoría un eslogan distante, por impactante que sea, no le disuade (quizás sí modifique las formas) de aproximarse a algún uso. Si que parece más claro que (bien hecho) puede formar parte del bagaje informativo-vivencial, que en determinados momentos influirá sobre sus prácticas de relación con las drogas («igual dices, no vuelvo a beber y a las dos semanas lo vuelves a hacer pero te controlas más»; «la próxima vez que te metas una raya, te acuerdes de eso y que no lo hagas sin pensar»; «me enteré de muchas cosas que desconocía y que te abre un poco los ojos»).

A menudo, las campañas son consideradas, en el mejor de los casos, como verdades parciales. Las experiencias, las vivencias y las percepciones de muchos de sus receptores no coinciden con lo que se les muestra («Hay gente que lo toma y acaba fatal, muy mal, pero también hay gente que lo toma y no acaba tan mal»; «en realidad la gente se droga, se divierte con ello»), por lo que se les atribuye una dosis muy parcial de realidad.

La piedra de toque de un cambio de enfoque podríamos situarla en la difusión también publicitaria de campañas relacionadas con la reducción de daños («para que la gente que decida consumir sepa lo que hay»; «si escoge una u otra opción que sepa cuáles son sus consecuencias»). Quizás una buena parte de su credibilidad potencial esté asociada a la posibilidad de dejar clara la pretensión

<sup>8</sup> En general las campañas, especialmente las televisivas, pretenden fundamentalmente dar a conocer la existencia de las instituciones y muy secundariamente modificar actitudes de la población que usa drogas.



principal («Es que yo no se quien hace las campañas, no se qué quieren mostrar... ¿Qué queremos? Erradicar el consumo de drogas o reducir situaciones de riesgo»).

Al menos como actitud ante nuestras interrogaciones adultas, o como pose contestataria ante nuestras pretensiones, en los grupos de trabajo contestaron negativamente a la pregunta de si harían un anuncio con el mensaje «No consumas». Ellos y ellas se inclinaban por anuncios en los que se dijera: «consume con responsabilidad»; «si consumes, controla». («Deberían ser así todas las campañas ... cuando te avisen de algo que seas tú quién tome la última decisión siempre ... que veas las consecuencias lo positivo y lo negativo y de ahí ya tomes tu decisión»).

## 10. Queremos confiar en que se portarán bien

Como personas adultas (como madres y padres, como profesionales) ¿Cuál es el núcleo de nuestra confianza, de nuestras expectativas, en su relación con las drogas? La inquietud, a medio camino entre las expectativas razonables y la desconfianza sobre su conducta, lleva a dos respuestas contrapuestas que marcarán continuamente lo que les decimos, lo que intentamos que hagan. Para algunas personas (en algún momento para casi todas) la confianza esperanzada consiste en convencernos de que será buenos chicos, no les interesarán las drogas y no las probarán. Para otras, la confianza consiste en convencernos de que sabrán decidir, sabrán tomar las decisiones adecuadas, sacarán conclusiones de sus experimentaciones y experiencias.

Obviamente, las propuestas de influencia están marcadas por el predominio de una u otra expectativa. Muchas veces, una u otra postura se basa en una especie de desconocimiento interesado de la realidad («Los padres siempre dicen: no, no, mi hijo no, mi hijo no. Lo que no se quieren es mentar de que en realidad sus hijos están bebiendo, fumando porros, están bebiendo alcohol»).

A veces la confianza en la corrección de las decisiones del hijo viene marcada por la comprobación de que, realmente, no ocupan un lugar significativo en sus vidas. Son confianzas basadas en una «fe fácil» («Yo creo que mis padres tienen la suficiente confianza en mí como para saber que yo no tomo drogas. Saben más o menos lo que pienso, y lo que hago, y tienen suficiente confianza en mí, y saben que a mí eso no me gusta»). En otros casos, se tratará de una progresiva constatación de que son sus decisiones y ha aprendido a tomarlas.

## 11. Recuerdos sobre las formas de ayudarles en sus adolescencias

En diferentes momentos de este texto ya he apuntado líneas de respuesta, sentidos y orientaciones para considerar los riesgos de las vidas adolescentes. Si nos referimos a las situaciones de riesgo, resulta obvio que cada una de ellas requiere unas acciones y unas formas de actuar, que de ninguna manera están determinadas en primer lugar por el hecho de que supongan riesgos ni por que comporten mayor proximidad con determinados usos de drogas. Si tienen que ver con contextos, la lógica dice que se trata de actuar para modificarlos, para enriquecerlos de otras experiencias.



Conviene no olvidar criterios ya muy clásicos de la intervención con chicos y chicas adolescentes<sup>9</sup>: trabajamos con ellos y ellas para que en sus vidas pasen cosas (criterio de oportunidad); para que aprendan de lo que viven (criterio de experiencia); para se fortalezcan y adquieran capacidad de desarrollarse en entornos no siempre positivos, arriesgados (criterio de resiliencia).

Si una parte de lo que viven y hacen tiene que ver con sus adolescencias resulta repetitivo recordar que se trata de ayudarlos a gestionarla, a situarse en ella, a comprenderse, a colocar todo lo que va pasando a su alrededor. Una parte de ello tiene que ver también con los «argumentos», con la aceptación por nuestra parte de que necesitan proveerse de ellos a partir de poner en crisis los que les facilitamos las personas adultas. Pero, para poder hacerlo necesitan encontrarlos en nuestras actuaciones. No hay mayor invitación al riesgo descontrolado que una propuesta de vida sin ningún tipo de sentidos (más todavía sin ninguna satisfacción personal en la cotidianidad). No creo que haga falta recordar que cualquier influencia en sus vidas pasa por convertirnos en adultos próximos y positivos.

## 12. Propuestas para educar la felicidad

Quisiera acabar recordando cómo, en gran medida, los supuestos o reales problemas de las drogas entre los adolescentes son, como en tantas cosas que les ocupan y nos preocupan, un problema de las personas adultas que les rodean. Con la cuestión drogas, como en muchas otras que demuestran la complejidad y la variabilidad de nuestra vida personal y social, es palpable que las preocupaciones colectivas siguen un movimiento pendular entre el alarmismo dramático y el pasotismo. Pasamos con facilidad de haber vivido oyendo que «la droga» era el problema número uno del país a poco menos que pensar que no hay por lo tanto, que no es una cuestión que tenga que ver con la mayoría de nuestros hijos e hijas.

Tener el defecto de los años y la supuesta virtud de la experiencia me ha comportado tener que trabajar, antes, para desdramatizar y, ahora, para generar y mantener una sensata preocupación educativa. De la época dura, cuando muchos jóvenes con los que trabajaba que murieron inyectándose heroína, me queda la lucha para conseguir el derecho a drogarse sanamente o, dicho de manera más políticamente correcta, para reducir los daños asociados a los usos de drogas. Ahora ya podemos decir que mata más la forma de usar las drogas que las propias sustancias. Del momento actual me quedo en el trabajo para conseguir que no todas las nuevas adolescencias sean «porreras», o piensen que el alcohol siempre es signo de felicidad. Me quedo con el trabajo para seguir educando también sobre las drogas.

Cualquier niño, a cualquier edad, vive en un entorno en lo que, en primer lugar, observará que muchas personas adultas y muchos de sus compañeros y compañeras recurren a soluciones químicas para cualquier malestar, buscan «pastillas» para cualquier tipo de «dolor». Tendrá que aprender progresivamente a saber cómo es, a descubrir lo que sabe y lo que tiene que aprender, a encontrarse bien consigo mismo, a conseguirlo sin la necesidad permanente de usar alguna droga.

<sup>9</sup> Ver, por ejemplo: Funes, J. (1997). La animación sociocultural en la juventud. En Trilla, J. (Coord.): «La animación sociocultural». Ed. Ariel.



Mesa redonda I  
Estado de la cuestión: nuevo contexto social

Igualmente descubrirá los diferentes placeres y la vivencia de la felicidad. Verá cómo los mayores que él, los adolescentes, los jóvenes, las personas adultas, usan drogas para estar a gusto, para divertirse. Tendrá que aprender diferentes formas de estar y ser feliz, descubrirá la felicidad de pasarlo bien compartiendo y divirtiéndose juntos. Tendrá que aprender una relación con el alcohol o con otras drogas en la que se él quien mande, en la que la satisfacción y la felicidad no dependa siempre usarlas. Tendrá que aprender a pasarlo bien también con la sobriedad.

A veces, lo tendrá difícil porque está en mundo en el que se es en la medida que se consume, un mundo en lo que puede sentirse extraño si no tiene lo que tienen todos y no hace lo que hace los demás. Tendrá que practicar mucha autonomía para conseguir ser autónomo. Es posible que sea educado en la libertad pero tendrá que descubrir que ésta no consiste en hacer lo que te da la gana. Que, incluso cuando use drogas, tendrá que tener en cuenta sus propios límites, tendrá que valorar qué pierde y que gana, tendrá que pensar si no le están vendiendo «motos» o se deja guiar por modas, por mentiras a favor o en contra de que las use. Tendrá que aprender progresivamente a razonar, a adquirir sus propios criterios. Tendrá que descubrir que necesita al otro para ser libre, que su libertad se construye también teniendo en cuenta como sufre el otro, comprobando cómo se pasa de rosca algún amigo cuando salen de fiesta.

Y todos estos descubrimientos, sobre la realidad de los usos de drogas en nuestro mundo y sobre la necesidad de que no ocupen un lugar relevante en su vida, podrá hacerlos en la medida en que sea educado en un mundo de valores. No en un mundo de tradiciones que pone el grito en el cielo cada vez que aparece uno nuevo uso de alguna droga, sino de educación ética que le ha hecho aprender que su conducta tiene que tener criterios, prioridades, intenciones, etc. tiene que referirse a valores.

Una propuesta para educar sobre drogas no deja de ser una propuesta para ayudarlos a ser personas felices, que viven en comunidad, que quieren saber y decidir, que construyen colectivamente los límites. Una propuesta que se basa en el convencimiento de que, en la medida en que eso sea así, los usos de drogas no serán un problema en sus vidas.

**Jaume Funes Artiaga**  
Psicólogo. Educador. Periodista



[Volver al programa](#)